

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

José Rodrigo Castillo

jr-kastillo@hotmail.com

UV

El archivo estelar: los relatos de Stanisław Lem

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 59, enero-marzo 2022, pp. 24-28.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México

*Fotografías de interiores: Víctor Benítez



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

EL ARCHIVO estelar: los relatos de Stanisław Lem

José Rodrigo Castillo

Los relatos de Lem cobran vida con la voz de su alter ego, Ljon Tichy, un curioso hombre de ciencia y reflexión, cosmonauta incansable, quien nos guía por recónditos lugares del universo para presenciar sus aventuras, mediante la relatoría del cosmógrafo que captura huellas, indicios y pruebas de sus expediciones.

A veces albergamos la impresión de que pocas cosas cambian o incluso permanecen, en un estado proteico inexplicable, igual a sí mismas. Una suerte de eterno retorno o acaso una inmovilidad ontológica parece identificarse con el todo, con lo profundo del Ser. Esto apenas se vislumbra cuando, por ejemplo, la marcha de la historia evoca los errores de la humanidad, sus defectos y vicios, la guerra y la violencia. Una y otra vez las formas y las maneras en su identidad. Es lo inmutable en la naturaleza humana, en la ejercitación del poder y sus paradigmas para registrar y re-crear sus vestigios, su fantasmagoría. A tal sentido de lo permanente se entrega la tradición a pesar de cambios e innovaciones: la unidad en su diversidad. De ahí la representación del

archivo y el testimonio, una práctica vigente desde la antigüedad, que ha traspasado la historia occidental de las religiones, la legalidad y la literatura. Por ello, nada sorprende hallar en la obra del polaco Stanisław Lem estos dispositivos cognitivos, cuyo funcionamiento –y a dicha hipótesis se dedican las siguientes líneas– está dispuesto no solo para verosimilitud de la ciencia ficción, sino también para aglutinar en la concepción archivo-testimonio la retórica legal y el abordaje de temas teológicos y filosóficos, bases imprescindibles de sus *Diarios de las estrellas. Viajes y memorias* (Bruquera, 1979).

Bitácora de viaje

Los relatos de Lem cobran vida con la voz de su alter ego, Ljon Ti-

chy, un curioso hombre de ciencia y reflexión, cosmonauta incansable, quien nos guía por recónditos lugares del universo para presenciar sus aventuras, mediante la relatoría del cosmógrafo que captura huellas, indicios y pruebas de sus expediciones. Este héroe, al registrar el devenir de las cosas, se vale de soportes nemotécnicos como la fotografía, el testimonio personal y vicario, el informe escrito y la colección privada de objetos raros, con la finalidad de ordenar así sus recuerdos y trazar una especie de cartografía espacial y simbólica.

En sus viajes hallamos un recorrido por la historia de diversas manifestaciones vitales del cosmos. Llama la atención, en este *otro* registro social, la restitución de las civilizaciones, sus etapas postindustriales y sus consecuencias, como el exceso de basura y en sí la contaminación, un fenómeno no solucionado y sin avances significativos en un sistema económico y en una época (ya sea moderna, posmoderna o neocolonial) afincados en la sobreexplotación del individuo y de su entorno natural. Se trata de la denuncia contra la inconsciencia del empleo de la ciencia y la tecnología, en detrimento de la propia vida y sus recursos: pulsión de muerte, autodestrucción.

Además del reporte sobre los acontecimientos materiales, Tichy nos muestra una senda dife-

rente, acaso más significativa para medir el grado de civilización de una cultura, es decir, la historia de las ideas y las mentalidades, los argumentos y las doctrinas, como por ejemplo cuando por fin se logra la inmortalidad del alma; aunque a cambio de la soledad absoluta y la imposibilidad del suicidio, resultado de la mutilación de los sentidos; una sátira dirigida a la dualidad cuerpo/alma y a la promesa de vida eterna por parte de distintas religiones y sectas. Así este dogma se nos revela aberrante. En la narrativa de Lem, la ciencia hace posibles los delirios metafísicos o, simplemente, los comprueba para elucidar nuevos fenómenos y perspectivas desde donde pueden ser apreciados.

Los descubrimientos científicos a menudo derivan en problemáticas legales y éticas. Hay una relación incestuosa, subterránea e inseparable entre la ciencia laica, la creencia religiosa y la ley jurídica. En el viaje decimotercero la duplicación de un sujeto y, asimismo, la imposibilidad de saber quién era quién (el original o el duplicado) trae consigo una disputa ante los tribunales, cuyo veredicto salomónico resuelve la desintegración de ambos, para después reintegrarlos en una sola entidad. No obstante de esta justa decisión, con frecuencia la figura del científico se ve impelida por las buenas intenciones hacia la mansión del crimen, como si su labor y el conocimiento en general fueran parte del mal en el universo y la corrupción natural del ser humano.

Las leyes físicas en ocasiones funcionan como analogía simbólica del derecho, del microcosmos, de las normas absurdas a seguir y sus castigos crueles en la cuentística de Lem. El intento siempre fallido de la procuración de justicia nace, precisamente, de la injusticia universal. Sin esta, cualquier sistema judicial sería absurdo por innecesario. La filosofía, junto a



Silvia Molina, 2019

la ideología, justifica e interpreta las resoluciones legales, para ejercer el poder con legitimidad; se convierte, otras tantas veces, en diversidad epistemológica. Las distintas lecturas y las perspectivas de un hecho se transforman en relativismo, para evidenciar la delgada línea entre la solemnidad de la teoría y los ridículos de la mera abstracción, consecuen-

cia de la falta de comprobaciones empíricas y de sentido común: obcecación de quienes se dedican a razonar profesionalmente.

Frente a lo irremediable y lo trágico, Lem se burla de nuestras circunstancias; nos compara con insectos y sus metamorfosis; explora nuestras ideas y deseos estafalarios, como la rebelión de las máquinas y la anarquía corporal,

trasunto de la creencia en la supremacía de lo intangible sobre lo material; revive viejas encrucijadas y obsesiones del pensamiento, como la omnipotencia de Dios y la influencia de su poder en las creaturas; pero las expone desde otras perspectivas. De esta manera, seculariza las creencias o las dogmatiza para apreciar las contradicciones humanas. En el fondo, lleva los argumentos al absurdo. Y ahí, en la ciencia ficción (soporte de la bitácora de viaje de Tichy), nuestra prosa del mundo y sus sentidos se manifiestan con una crudeza disfrazada de humor.

Aunque la imaginación de Lem vaya al lugar más distante de la galaxia, aterriza en los problemas concretos de la sociedad. En el viaje decimocuarto, las consecuencias de la sobreproducción ante las necesidades más básicas, como la alimentación, llevan al consenso para construir una máquina racional libre de sentimientos, favoritismos y subjetividades, con el propósito ulterior de implantar la Legalidad Suprema y fijar el orden perfecto y absoluto. La máquina, entonces, termina por convertir en discos a miles de ciudadanos, en objetos matemáticamente armónicos y durables, estéticos a la vista. La finalidad de ello: borrar la imperfección, bajo estricto apego a las leyes. Se insinúa así la paradoja de cómo el sistema jurídico lleva a cometer crímenes atroces y racionales y, también, la aporía de que la justicia podría implicar la destrucción humana. La máquina (metáfora del Estado) aniquila a los habitantes de la ciudad, con el pre-texto de no hallar injusticia “donde la ley proclama la libertad suprema” (1979, 110). Es la alegoría del ideal o, más bien, la idealización civil de los valores modernos, cuyo objetivo es (al parecer) entregarse voluntariamente a las fauces de Leviatán.

La tecnología no atenúa el dolor ni el sufrimiento; más bien, amplía el horizonte y potencializa la experiencia negativa del ser. El mal hace de la ciencia su vehículo. Incluso entre más avanzada tecnológicamente sea una sociedad, su capacidad de destrucción y desastre aumentarán de manera proporcional. La escala del progreso material determina el impacto de las crisis, una necesidad del sistema para re-organizarse. El mal, de alguna manera, está relacionado con el bien: “El diablo es lo que menos entendemos de Dios” (47), dejaría escrito Lem. Es una antigua concepción gnóstica, sobre la creación/destrucción y los papeles protagónicos en el teatro cósmico. Desde una cuestión mundana, Lem expone que las reformas y las leyes jurídicas no pueden contener la transgresión, sin importar el uso de la tecnología más vanguardista. Estos mecanismos se ven rebasados por el delito, porque este es intrínseco a la vida inteligente e imperecedero: “La inmortalidad del crimen no atenúa en lo más mínimo su infancia” (22).

En varios relatos se concibe el mal de archivo, la borradora del pasado. La disputa acerca de la invención de artefactos, por ejemplo, termina con la destrucción del soporte colectivo de la memoria, con el incendio de los archivos, “que ardieron junto con todas las actas de las reuniones” (100). El descubrimiento de una biblioteca por parte de Tichy implica la existencia de libros prohibidos. Es decir: si el conocimiento se desenvuelve, de igual modo la prohibición para detener este desenvolvimiento surge cual consecuencia lógica. De vez en cuando la creación destruye a su creador, pues los inventos cobran vida y se rebelan. Las gansteriles lavadoras hacen de las suyas, los electrodomésticos inteligentes incursionan

en el crimen, como el caso de un lavaplatos que se autodesmonta para evitar ser acusado de los delitos cometidos. De tal suerte, se devela la universalidad de la violación a las leyes, la irrupción del caos en diversos planos. El desorden de la burocracia, negación a conservar vestigios, es otro síntoma del obstáculo para dar cuenta fidedigna de lo acontecido. Tichy padece la incapacidad para intervenir el archivo familiar a causa de la cantidad de hojas acumuladas; renuncia a su clasificación y lo presenta como ha sido conservado, para integrarlo a sus bitácoras de viaje: el archivo que contiene otro archivo. El héroe sería, en consecuencia, guardián de los documentos en el sentido griego de la palabra *arconte*.

En el viaje decimocuarto, la redacción de las crónicas de su linaje de exploradores espaciales deviene instrumento para no sucumbir a la locura. El primogénito navegador de sus antepasados (junto con su gemelo) es quien lleva a cabo el famoso experimento de Einstein y comprueba la paradoja de la relatividad del tiempo. La cuestión no para allí, pues el pariente de Tichy es acusado y procesado por comerse a su hermano en el espacio; aunque no se le sentencia por un vacío legal: no contaban con identificaciones para saber de qué gemelo se trataba. Hay un dato significativo en este personaje: laboró, además de cosmonauta, como finalizador de obras literarias cuya tendencia o estilo era convertir los finales felices en trágicos, donde el mal triunfa sobre el bien. No solo resulta inquietante el tratamiento del doble y el canibalismo, absorción simbólica de la misma identidad, sino relevante el vínculo entre el explorador y la escritura: reminiscencia del conquistador letrado.

Lem señala la importancia y los absurdos de la administración estatal en su variante de náutica



Jorge F. Hernández, 2018

estelar. La burocracia “se caracteriza por un índice de desarrollo más elevado que el de la navegación” (14). Para transitar y sobrevivir en el espacio, la documentación y los visados correspondientes se vuelven tan necesarios como el combustible y los objetos de primera necesidad. Un navegante cósmico, por tanto, tiene que especializarse en ambos asuntos. Si la tecnología se complejiza en los multiversos visitados por Tichy, la escritura y el archivo, los libros y las prótesis nemotécnicas nunca dejan de ser soportes del poder y de los hechos pasados. La técnica escritural, si se quiere rupestre, es insustituible por otros artefactos tecnológicos, porque captura eficientemente la odisea espacial de la vida.

Lem nos presenta el cerebro, ya sea en su versión natural o en un prototipo artificial, como la raíz primigenia de la actividad ar-

chivística. El registro de la historia debe pasar, forzosamente, por la experiencia intelectual y vital de los procesos mentales. Todas las manifestaciones de inteligencia necesitan de la programación. Las discusiones filosófico-teológicas y las rupturas históricas se nutren del almacenamiento informativo, que regula la percepción de las cosas: la concepción de cosmovisiones. Persuadir al adversario con argumentos no es sino formatear su procesador de manera violenta: “Cada razonamiento debe ser construido con base en unos datos: convencer al antagonista en una discusión equivale a desplazar, con la ayuda de las palabras, los datos de su pensamiento” (69). Lem, en esta interminable guerra de ordenadores, actualizó una salida teórica a dicha problemática: una mente con todas las variantes de información posible: el súper-archivo. No obstante,

solo un ser infinito podría cristalizar tal monstruosidad. La metáfora se ajusta al dios cristiano: el procesador por antonomasia.

En apariencia los relatos de Lem expresan un optimismo por el desarrollo científico y tecnológico; pero, en el fondo, hay una visión fatalista en cuanto a su incapacidad para cambiar o siquiera mejorar un poco la naturaleza humana. La ciencia, por muy avanzada, nada puede hacer por la civilización, pues la barbarie y el mal son imposibles de atenuar ante cualquier circunstancia. Lem posee un escepticismo arraigado respecto al progreso del ser sociable, y ve un impedimento epistemológico para tener certeza sobre la propia existencia y el conocimiento de lo real. Aunque represente mundos pintorescos, animados por seres usualmente inanimados (prosopepeya galác-



Felipe Leal, 2020

tica), por sucesos impensados y a menudo graciosos, detrás del escenario la narrativa de Lem se muestra pesimista, donde ni el sujeto solipsista está seguro de ser. Lem duda de todo, hasta de las estrellas y el cosmos como piezas de un montaje. En este sentido, la reminiscencia cartesiana de la duda metódica aparece y se radicaliza: “Yo también estoy sentado en un

cohete y leo que otra persona, es decir él, estaba sentado en un cohete y volaba. Él, sentado, volaba, yo sentado, también estoy volando. ¿Quién, pues, está sentado y vuela en realidad? ¿A lo mejor yo no existo? Pero el cuaderno de bitácora no se puede leer a sí mismo. Entonces existo, puesto que leo. ¿Y si todo esto fuera impuesto o imaginado?” (152). Este fragmento es un símil

de la retórica barroca y la puesta en abismo del yo, tanto como una innovación del dudar de sí resuelto en la actualización del ser en la lectura, lo cual desemboca en la imposibilidad de saber si somos la invención de la invención, la creación de algo o alguien más.

Como sucede con las obras del Marqués de Sade y de Primo Levi (sensibilidades alejadas entre sí), solemos hallar más filosofía en la literatura de Lem que en los discursos propiamente filosóficos. Siempre hay un punto donde las paradojas y las aporías de este escritor –ya sean de índole teológica, jurídica, científica, etc.– se dan cita en los significados y los usos del archivo, cuya función es ante todo crítica, dirigida a señalar problemas sociales y éticos, metafísicos y religiosos, sin por ello restarle importancia a la fantasía y la imaginación, lo lúdico y lo estético de una propuesta artística de gran calado.

El archivo estelar de Lem restituye los asuntos fundamentales e imperecederos de la humanidad desde una perspectiva alegórica, negación a la pretendida representación objetiva de los hechos, que en su porosidad se resisten a ser narrados tal como acontecieron. El archivo estelar captura los vestigios del mal, sus cicatrices y rasgaduras en el desenvolvimiento de la totalidad; o más bien, aprehende al ser en su eterna e insoportable negatividad. Así, de alguna manera, las memorias y los diarios de Tichy devienen historia y arqueología, acaso poesía épica para robots. **LPyH**

José Rodrigo Castillo es licenciado en Filosofía y en Lengua y Literatura Hispánicas, así como maestro en Filosofía, por la UV. Ganador del premio de ensayo Carlos Pereyra en 2016, convocado por *Nexos*. Autor de *El modernismo hispanoamericano: presupuestos estéticos y filosóficos* (Ivec, 2019).